

lerables algunas de estas insulsas galanterías rimadas:

Muy más clara que la luna,
Solo una
En el mundo vos nacistes,
Tan gentil, que non ovistes
Nin tovistes
Competidora ninguna.
Desde niñez en la cuna
Cobrastes fama, beldad,
Con tanta graciosidad
Que vos dotó la fortuna.
Que assi vos organizó
Y formó
La composición humana,
Que vos soys la más lozana
Soberana
Que la natura crió.
¿Quién sin vos no meresció
De virtudes ser monarcha?
Quanto bien dixo Petrarcha,
Por vos lo prophetizó.

(Núm. 57 del *Cancionero general*.)

La hipérbole amorosa frisa á veces, como en Don Alvaro de Luna, con la irreverencia y aun con el sacrilegio. Las coplas que siguen, poco tienen que envidiar á las famosas de Antón de Montoro en loor de la Reina Católica:

Mas dubdo si el Soberano
Se pudiesse con su mano,
Con quanto poder alcanza,
En este siglo mundano
Fazer vuestra semejanza.

Yo me callo quien dezía,
Aun jurándolo por Dios,
Que nascer ya non podría,
Después de Virgen María,
Ninguna tal como vos.

En el coro angelical
Donde vive Sant Miguel,
Noten por muy especial
Aqueste reino real
Porque nascistes en él.

Y los ángeles del cielo,
Á quien Dios mismo formó,
Truecan lo blanco por duelo,
Porque no son en el suelo
Á miraros como yo.

Vivo poco temeroso,
Pues que hablo la verdad:
Digo que Dios glorioso
Se falla muy poderoso
En hazer vuestra beldad.

Y las hermosas passadas
Que fueron ya desta vida,
Son contentas y pagadas
Porque fueron enterradas
Primero que vos nascida;

Y, las que viven agora,
A quien vos hazeys la guerra,
Si su beldad no mejora,
A vos tengan por señora,
É se pongan so la tierra.

É los defuntos passados,
Por mucho santos que fuessen,
En la gloria son penados,
Descontentos, no pagados,
Por morir sin que vos viessen;

Y allá donde son agora
Esta es su mayor pena;
Creedme, gentil señora,
Por no ver sola una hora
Vuestra gracia y beldad buena

(Núm. 60 del *Cancionero general*.)

Puymaigre, á quien tanto debe el estudio de la corte poética de Don Juan II, ha notado en esta extraña composición reminiscencias dantescas. En efecto, basta pasar los ojos por aquella hermosa canción, primera de las incluidas y comentadas en la *Vita Nuova*, que empieza

Donne ch' avete intelletto d'amore.....

y tropezaremos con estos versos, cuyo parentesco con los de nuestro poeta es indudable:

Angelo clama in divino intellecto,
E dice: Sire, n' el mondo si vede
Meraviglia nell' atto, che procede

Da un' anima, che fin quassù risplende.
Lo cielo, che non have altro difecto
Che d'aver lei, al suo signor la chiede,
E ciascun santo ne grida mercede.....

.....
Madonna é desiata in l' alto cielo.....

.....
Dice di lei Amor: Cosa mortale
Com'esser può si adorna e si pura?
Poi la riguarda, e fra sè stesso giura
Che Dio ne intende di far cosa nova.

Otros ejemplos podrian citarse, evidenciando que no sólo el Dante épico, sino también el Dante lírico, dominaban entonces en la poesía castellana, aunque desgraciadamente no se tomase de él lo más profundo y substancial de su arte.

Cultivó Juan de Mena, aun en la poesía erótica, todos los géneros que en la corte andaban en boga, sin desdeñar el infantil ejercicio de las preguntas y respuestas, en que alternó con el Marqués de Santillana, proponiéndole á la verdad cuestiones no difíciles, como el enigma de Edipo:

Mostradme cuál es aquel animal
Que luego se mueve en los cuatro pies,
Después se sostiene en solos los tres,
Después en los dos va muy más igual.....

(Núm. 686 del *Cancionero general*.)

Y, ciertamente, que para descifrar tan candoroso acertijo no era preciso ser tan *perfecto amator del dulce saber y caudillo y luz de discretos*, como lo era ciertamente el Marqués de Santillana, honrado por Juan de Mena con tales epitetos.

Hizo además sátiras políticas y versos de donaire. La paternidad de las *coplas de la Panadera* está aun en litigio, pero suyas ó no, son un pasquin curiosísimo, lleno de nombres propios, que sirvió de indudable modelo á las *coplas del Provincial*; si bien en las *de la Panadera* no se trata de torpezas nefandas, sino de

los pocos ó muchos bríos que mostró cada uno de los caballeros que combatieron en la jornada de Olmedo, de la cual se hace una picante descripción, que de todo tiene menos de épica. La manera asaz familiar y aun plebeya de este donoso rasgo parece que contradice al estilo dominante en la poesía de Juan de Mena; pero quizá esta misma afectada llaneza tenía por objeto asegurar el éxito popular de la sátira y herir con más derechura en el corazón de los adversarios. Por otra parte, nadie niega la autenticidad de los versos de donaire que Juan de Mena compuso *sobre un macho que compró de un archipreste*, y en estas coplas, ciertamente fáciles y chistosas, tampoco asoma por ninguna parte la grave fisonomía del autor del *Labyrinth*, como no sea en la cáustica mordacidad con que convierte aquel caso de burlas en sátira general contra los *bigardos faltreros que roban el santo templo y nos dan tan mal ejemplo*, y eran aquellos mismos de quienes con libertad dantesca y varonil espíritu exclamaba en su gran poema:

¿Quién asimesmo deciros podría
De cómo las cosas sagradas se venden,
Y los viles usos en que se dispenden
Los diezmos ofertos de Santa María:
Con buenos colores, de la clerecía
Disipan los malos, los justos sudores
De simples y pobres, y de labradores,
Cegando la santa cathólica vía?

Entre las poesías sueltas de Juan de Mena merece citarse también, aunque sólo sea á título de capricho métrico, la peregrina composición que lleva por título *Lo claro escuro*, y comienza

El sol clarescía los montes Acayos.....

Lo claro de estas coplas no se ve mucho, pero en cambio *lo escuro* es tal, que compite con lo más enigmático de las *Soledades* de Góngora. Son versos sin idea ni sentido, hechos de propósito para entretener

el oído con palabras huecas y sonoras, al modo de los extrafalarios vates que ahora llaman en Francia *decadentes* y *delicuescentes*. En este raro ejemplar de nihilismo poético, que Juan de Mena repitió en otra composición suya

Ya el hijo muy claro de Hyperión.....

hay además una *polimetría* sistemática, no libre como la de los románticos. A cada estancia de arte mayor corresponde simétricamente otra de versos cortos: combinación ingeniosa y que parece calculada para algún efecto musical.

Pero todos los versos hasta aquí recordados, ni pesan nada para la gloria poética de Juan de Mena, ni se hubieran salvado del naufragio de la poesía de los Cancioneros, si no los amparase el nombre del autor de las *Trescientas*. Aun los otros dos poemas de relativa extensión que con ellas han solido imprimirse, no pasan de una muy vulgar medianía. Apenas hay paciencia que baste para leer las cincuenta y una quintillas dobles de *La Coronación*, que también se llama pedantescamente *Calamicleos*, «componiendo el vocablo (dice el autor) de *calamitas*, nombre latino que significa miseria, y de *cleos*, que en griego quiere decir gloria.» El poeta se finge arrebatado al monte Parnaso, donde ve coronar al Marqués de Santillana entre los más excelsos vates, en gran *cadira* de honor; pero la mayor parte del poema no habla de esto, que debía de ser su asunto principal, sino «de la miseria de los malos y de la gloria de los buenos, porque un contrario puesto cabe otro, más reluzga»; todo por el trillado camino de perderse el poeta en selva bravía, hasta llegar á las riberas del hondo río del infierno, donde ve «*los tormentos de los damnados*». Del estilo dominante en esta insípida y mal concertada visión, llena de perifrasis rimbombantes, y descabelladas alusiones á la historia, á la fábula y á la astronomía, puede juzgarse por las primeras estrofas:

Después que el pintor del mundo
Paró nuestra vida ufana,
Mostraron rostro jocundo
Fondón del polo segundo
Las tres caras de Diana;
É las cunas claresciera
Donde Júpiter naciera
Aquel hijo de Latona,
En un tachón de la zona
Que ciñe toda la esfera.
Del qual en forma de toro
Eran sus puntas y gonces
Del copioso tesoro
Crinado de febras de oro,
Do Febo moraba entonces.....

Como el poeta había remontado tanto el vuelo, se creyó obligado á comentar él mismo los tres sentidos *literal*, *alegórico* y *anagógico* de su obra, que, según él, pertenecía al género *cómico y satírico* (1), porque empujando, como Dante, con la descripción de las penas del infierno, acababa por el placentero espectáculo del monte Parnaso y de la coronación del Marqués. Nada supera al hastío que la *Coronación* infunde, como no sean los prólogos, exordios, preámbulos y notas pueriles que el autor acumula sobre cada estrofa, tratando á sus pacientes lectores como un pedagogo á sus infelices discípulos. La versificación corre con soltura, pero el estilo es intolerable, porque en ninguna parte hizo Juan de Mena tanto abuso de latinismos crudos, tales como *citra* (traído para concertar con la *mitra* de Anfiarao, á quien de augur convierte en *obispo* (1), *noverca*, *luco*, *inope*, *caligo*, *pruina*, *basis*, *comus*, *fulgescer*, *circuncigir*, y otros no menos exóticos. Apenas he encontrado en la *Coronación* más que cinco versos dignos de un poeta:

Los sus bultos virginales
De aquestas doncellas nueve,
Se mostraban bien atales
Como flores de rosales
Mezcladas con blanca nieve.....

(1)

E vimos arder la mitra
Del obispo Anfiarao.....

La crítica de nacionales y extranjeros, que ha sido harto indulgente con la *Coronación*, se ha ensañado, por el contrario, con el poema de *los siete pecados mortales* (llamado con más propiedad en los códices *Debate de la Razón contra la Voluntad*), que es algo mejor, ó, si se quiere, menos malo. Este poema, al cual no hay que buscar remoto origen en la *Psycomaquia* de Prudencio, cuando tan á mano están ejemplos de tales debates en todas las literaturas de la Edad Media, es seguramente la última producción de su autor, que ni siquiera llegó á terminarla. Los primeros versos parecen un adiós á la poesía profana, y una invocación á la austera musa de la verdad:

Canta tú, christiana musa,
La más que civil batalla
Que entre voluntad se halla
Y razón que nos acusa.

Huid ó callad, *serenas*,
Que en la mi edad pasada
Tal dulzura emponzoñada
Derramastes por mis venas.
Mis entrañas, que eran llenas
De perverso fundamento,
Quiera el divinal aliento
De malas hacer ya buenas.

Venid, lisonjeras canas,
Que tardáis demasiado:
Del tiempo tan mal gastado
Tirad presunciones vanas.

La vida pasada es parte
De la muerte advenidera,
Y es pasado por esta arte
Lo que por venir se espera.
¿Quién no muere antes que muera?
Que la muerte no es morir,
Mas consiste en el vivir,
Porque es fin de la carrera.

Amarillo hace el oro
Al que sigue su minero,
Y temblador el tesoro
Del azogado venero.

Pues si del bien verdadero
Tenemos alguna brizna,
Huyamos lo que nos tizna
Como la fragua al herrero.

Cese nuestra habla falsa
De dulce razón cubierta,
Que es así como la salsa
Que el apetito despierta.

Aunque muestre ingratitud
Á las dulces poesías,
Las sus tales niñerías
Vayan con la juventud.
Remedio de tal salud
Enconada por el vicio,
Es darnos en sacrificio
Nos mismos á la virtud.

Y luego, usando de una comparación de San Basilio el Magno en su célebre homilia sobre la utilidad que se saca de la lectura de los libros de los gentiles, añade:

Usemos de los poemas
Tomando dellos lo bueno,
Mas huyan de nuestrs seno
Los sus fabulosos temas.
Sus ficciones y problemas
Desechemos como espinas;
Por haber las cosas dinas
Rompamos todos sus nemas.

Primero siendo cortadas
Las uñas y los cabellos,
Podían casar entre ellos
Sus captivas ahorradas
Los judíos, y limpiadas
Hacerlas Isráelitas,
Puras, limpias y benditas,
Á la su ley consagradas.

De la esclava poesía
Lo superfluo así tirado,
Lo dañoso desechado,
Seguiré su compañía,
Á la católica vía
Reduciéndola por modo
Que valga más que su todo
La parte que fago mía.

Avinole bien á Juan de Mena en haber prescindido por esta vez de aquel repertorio suyo de erudición impertinente, de «las dos cumbres del Parnaso» y «los siete brazos del Nilo», de «la fortaleza de Tideo» y de «la castidad de Lucrecia». Su decir, aunque no muy poético, resulta en esta ocasión grave, sencillo, acomodado á la materia, y libre de las falsas flores de un latinismo extravagante. La descripción de los siete pecados capitales está hecha con pocos, pero enérgicos rasgos, y tampoco carece de vigor y ruda franqueza de estilo la invectiva de la Razón contra la Lujuria:

Tú te bruñes y te alucias:
 Tú haces con los tus males
 Que los limpios corporales
 Tracten manos mucho sucias.
 Muchos lechos maritales
 De agenas pisadas huellas,
 Y siembras grandes querellas
 En deudos muy principales.
 Das á las gentes ultrajes:
 De muerte no las reservas:
 Tú hallas las tristes yerbas,
 Tú los crueles potajes.
 Por ti los limpios linajes
 Son bastardos y no puros:
 De claros haces oscuros
 Y de varones salvajes.
 Tú haces hijos mezquinos
 De ajena casa herederos:
 Pones los adulterinos
 En lugar de verdaderos.
 Haces con tus viles fueros
 Que por culpa de las madres
 Muchos hijos á sus padres
 Saluden por extranjeros.
 La fuerza tú la destruyes:
 Los días tú los acortas:
 Quanto más tu te deportas
 Tanto más tu vida huyes.
 Los sentidos disminuyes
 Y los ingenios ofuscas:
 La beldad que tanto buscas,
 Con tu causa la destruyes.
 ¿Qué diré de tus maldades,
 Sino que por ti perdidos

Son reynos y destruídos,
 Sumidas grandes ciudades,
 Deshechas comunidades,
 El vicio hecho costumbre,
 Y dadas en servidumbre
 Muchas francas libertades?

Seco, realista, inameno, adusto, pero muy castellano en el fondo, el autor de las *Coplas de los pecados mortales* parece seguir las pisadas de Fernán Pérez de Guzmán, dando á veces notable entonación y brío al verso corto:

Nin espero yo asonadas
 De muy dorados paveses,
 Ni acicalados arneses,
 Ni tiendas mucho pintadas;
 Capacetes ni celadas
 Con timbres ni mil empachos,
 Ni muy lucientes penachos
 En cabezas engalladas....

No fué indigno, pues, este poema doctrinal, ó más bien sermón rimado, de que le continuasen, como en certamen, tan buenos ingenios como Gómez Manrique, Pero Guillén de Segovia y fray Jerónimo de Olivares, del Orden de Alcántara, añadiendo las disputas de los tres vicios Gula, Envidia y Pereza, y la sentencia de la Prudencia (1).

Pero la verdadera gloria poética de Juan de Mena estriba únicamente en el *Labyrintho*, poema cuya fecha consta en el inestimable Cancionero que fué de Gallardo, y también en otro códice que yo poseo. «*Finesce este tractado fecho por Juan de Mena et presentado al rey D. Juan el II, nuestro señor, en Tordesillas, á veynte é dos días de febrero. año del Señor de mill é quatrocientos é quarenta é quatro años.*» Trescientas estancias tenía entonces, y trescientas son las que

(1) La continuación de Olivares es la que ha solido imprimirse en las ediciones de Juan de Mena: las de Gómez Manrique y Pero Guillén de Segovia están en sus respectivos Cancioneros, inédito el segundo.

constituyen el verdadero poema: las veinticuatro añadidas por mandamiento regio son una composición aparte, aunque del mismo metro, estilo é intención política (1). Es tradición antigua, consignada por el Comendador Hernán Núñez, que D. Juan II tuvo empeño en que el número de las estancias del poema igualase al de los días del año.

Como quiera que sea de este número simbólico, lo cierto es que para la integridad del *Labyrintho* nada falta con las *trescientas*, título que en el uso vulgar ha sustituido al primitivo del poema. Cuatro cosas hay que considerar en este monumento de nuestra poesía del siglo xv: el plan, los episodios, la versificación y el estilo.

El *Labyrintho* es un poema alegórico, de concepción noble y sencilla, aunque un poco fría y abstracta. Es la desventaja de todos los imitadores de Dante respecto de su modelo. El mundo á que la *Divina Comedia* nos transporta es visible á los ojos de la imaginación y de la fe; no está poblado de sombras metafísicas, sino de realidades humanas ó sobrenaturales, pero igualmente vivas y concretas; toda una mitología popular creada antes del poeta responde de sus más audaces invenciones; una filosofía que en sus últimas conclusiones había llegado á ser popular también, se viste en sus versos de músculos y de sangre; su infierno es trasunto de la tierra, y hasta los fantasmas de las escuelas adquieren no sé qué vigor plástico que los asemeja á colosos cuya frente se esconde en las nubes, pero cuyos pies jamás abandonan el suelo. Tuvo Dante, además de la superioridad del genio, la superioridad del argumento, que es á un tiempo humano y divino, obra en que pusieron mano cielo y

(1) Bastarian á probar su autenticidad estos dos versos que, por el nervio de la sentencia, son dignos de Lucano:

Hoy los derechos están en la lanza
Y toda la culpa sobre los vencidos.....

tierra. Pero ya en los *Triunfos* del Petrarca la degeneración del arte alegórico es visible, á pesar de toda la ingeniosa habilidad del poeta. El carro del Amor, los loores de la Castidad, las pompas triunfales de la Fama y del Tiempo, son visiones que dejan frío al lector, que nada representan á la fantasía y en nadie producirán ilusión que pueda equipararse con la de haber conversado con las ánimas de los condenados, ascendido á la montaña del Purgatorio ó discurrido por las esferas del Paraíso. De la misma suerte Massinisa y Sofonisba, Antioco y Stratónica, los amantes celebrados por la mitología y la historia antigua, los filósofos y poetas de Grecia y Roma, y las demás sombras que por la *terzine* de los *Triunfos* van pasando, no son personajes que nos interesen ni conmuevan, como Francesca, Casella, Farinata, Ugolino, Sordello y Cacciaguida: hasta la misma Laura en el *Trionfo della Morte* parece un trasunto tibio y apagado de Beatriz.

Juan de Mena que, en cuanto al estilo, no sufre comparación con el arte exquisito del Petrarca, tenía, sin embargo, alma más dantesca que él y que la mayor parte de sus imitadores. Sentía en grado eminente la poesía histórica, en especial la más próxima á su tiempo, y en esta parte se parece á Dante, sin imitarle de propósito en ningún episodio, sino por cierta oculta analogía de naturaleza. Otras partes del genio de Dante le fueron de todo punto negadas, y no hay que aplastarle bajo el peso de una comparación que sería insensata. Aun entre los poetas castellanos de su escuela hay algunos que reproducen mejor ciertas excelencias del modelo: en la poesía teológica, por ejemplo, el sevillano Juan de Padilla se levanta con inspiración muy verdadera, y si no merece el nombre de *Dante español* que le dió su apasionado editor de Londres, bien puede decirse (y no es pequeña alabanza para el humilde monje cartujo) que es uno de los raros imitadores del gran poeta florentino, que alguna vez hacen pensar en lo más transcendental é inaccesible de la poesía dantesca.

Fué rasgo de discreción en Juan de Mena no empeñarse, como Micer Imperial y tantos otros, en una imitación directa, y hasta evitar en lo posible todo encuentro con palabras ó historias de las contenidas en la *Divina Comedia*. Quería hacer obra nueva y con distintos materiales; y además, con el influjo de Dante se mezclaban en su educación otros no menos poderosos y de distinta indole. Tomó, pues, del *Paradiso* la idea general de los círculos de los siete planetas, poniendo en cada uno á los personajes ilustres que habían estado sometidos á la influencia de cada signo, por este orden: la Luna, Mercurio, Venus, Febo, *Mars*, Júpiter y Saturno. Pero la alegoría de las ruedas de la Fortuna parece original, y no carece de belleza. Los dragones que tiran el carro de la madre Belona arrebatan al poeta en su rápido curso y le hacen descender en medio de una desierta llanura

Como á las veces el águila suelta
La presa que bien no le hinche la mano...

Allí se levantaba el cristalino palacio de la Fortuna:

Y toda la otra vecina planura
Estaba cercada de nítido muro,
Así transparente, clarífico, puro,
Que mármol de Paro semeja en alburá...

Una nube *muy grande y oscura* ciega por un momento los ojos del contemplador, pero pronto se resuelve en vapores, y sale de su centro una hermosa doncella.

Era la Providencia, *gobernadora y medianera del mundo, principesa y disponedora*

De Hyerarquías y todos estados,
De paces y guerras y suertes y hados,
Sobre señores muy grande señora.

Guiado por ella, penetra en la *gran casa*, donde ve toda la *máquina mundana*: pretexto para una larga y

ampulosa digresión geográfica, que la Providencia interrumpe á tiempo, llamando la atención del poeta hacia otro lado:

Volviendo los ojos á do me mandaba
Vi más adentro muy grandes tres ruedas;
Las dos eran firmes, inmortalas y quedas,
Mas la de enmedio volar no cesaba:
Vi que debaxo de todas estaba
Caída por tierra gente infinita
Que había en la frente cada qual escrita
El nombre y la suerte por donde pasaba.

La primera rueda inmóvil es la del tiempo pasado, la rueda del movimiento la del tiempo presente, y la tercera, inmóvil también, contiene las formas ó simulacros

De gente que al mundo será venidera;
Por eso cubierta de tal velo era
Su faz, aunque formas tuviesen de hombres,
Porque sus vidas aun ni sus nombres
Saberse por seso mortal no pudiera.

En cada rueda hay siete círculos:

De orbes setenios vi toda texida
La su redondez por orden debida,
Mas no por industria de mortales manos.

Estos círculos planetarios son los que el autor llama *órdenes*, y determinan las siete divisiones ó cantos de su poema, que finaliza, como había empezado, con las alabanzas de D. Juan II. La luz del sol naciente disipa la fantástica visión:

Sus crines doradas así levantaba
Que todas las selvas con sus arboledas,
Cumbres y montes, y altas roquedas,
De nueva lumbre los iluminaba.
.....
Mas la imagen de la Providencia
Fallé de mis ojos ser evanecida,
Y vi por lo alto su clara subida.
.....
Y yo deseando con gran reverencia

Tener abrazados sus miembros garridos,
Falle con mis brazos mis hombros ceñidos,
Y todo lo visto huyó mi presencia.

Como los niños y los ignorantes
Veyendo los átomos ir por la lumbre,
Tienden las manos por su muchedumbre,
Mas huyenles ellos sus tactos negantes,
Por modos atales ó por semejantes
La mi guiadora huyó de mis manos,
Huyeron las ruedas y cuerpos humanos,
Y fueron sus causas á mí *latitantes*.

.....
La flaca barquilla de mis pensamientos
Veyendo mudanza de tiempos oscuros,
Cansada ya toma los puertos seguros,
Ca teme mudanza de los elementos;
Gimen las ondas, y luchan los vientos,
Cansa mi mano con el gobernalle,
Las nueve Musas me mandan que calle:
Fin me demandan mis largos tormentos.

La cultura clásica de Juan de Mena ha dejado muchas huellas en el *Labyrintho*, y no sólo en forma de pedantescas enumeraciones. Algo mejor que esto supo sacar de sus libros. Parecen reminiscencia de una sublime respuesta de Héctor á Polidamante en el libro XII de la *Iliada*, aquellas palabras del Conde de Niebla, después de los presagios de la tempestad, referidos por el piloto:

Y pues una empresa tan santa llevamos
Cual otra en el mundo podrá ser alguna,
Nó los agüeros, los hechos sigamos...

Más frecuentes y también más felices son las imitaciones de Virgilio. El llanto de la madre de Lorenzo Dávalos está manifiestamente inspirado por el de la madre de Eurialo en el libro IX de la *Eneida*. Quintana, cuyo tacto crítico y delicado sentido de la poesía dan singular precio á todas sus observaciones de detalle, nota, con razón, que si Juan de Mena en este episodio queda muy inferior al poeta latino en la parte dramática (sin duda porque tenia menos sensibilidad y ternura de alma), no así en la pintoresca.

«Un artista inteligente preferiría sin duda la composición del escritor castellano á la del latino. Una mujer anciana en una muralla, rodeada de soldados, y desolándose al ver la cabeza de su hijo llevada en una pica por los enemigos en el campo, no produciría en un lienzo el efecto que aquel cuerpo sangriento, tendido en las andas, y la venerable matrona saliendo del desmayo que al principio le causa su vista, y besando la boca fría de su hijo, como para llamarle á la vida y comunicarle su aliento.» No es pequeña gloria para un poeta del siglo XV el poder suscitar tales comparaciones.

Parte de las señales y pronósticos de la tempestad, que ocupan demasiado espacio en el bello episodio de la muerte del Conde de Niebla, proceden del libro I de las *Geórgicas*:

Ipsè Pater statuit quid menstrua Luna moneret...
Continuo, ventis surgentibus, aut freta ponti
Incipiunt agitata tumescere, et aridus altis
Montibus audiri fragor; aut resonantia longe
Litora misceri, et nemorum increbescere murmur.

.....
Quam medio celeres revolant ex æquore mergi,
Clamoremque ferunt ad litora; quumque marinæ
In sicco ludunt fulicæ; notasque paludes
Deserit.....
..... et e pastu decedens agmine magno
Corvorum increpuit densis exercitus alis.
Iam varias pelagi volucres, et quæ Asia circum
Dulcibus in stagnis rimantur prata Caystri.

.....
Tum cornix plena pluviam vocat improba voce,
Et sola in sicca secum spatiat arena.
.....

Cuatro versos hay, de lánguida y misteriosa armonía, en que, á mi entender, Juan de Mena triunfa de Virgilio:

Ni baten las alas ya los Alciones,
Ni tientan jugando de se rociar,
Los quales amansan la furia del mar
Con sus cantares y lánguidos sonés...